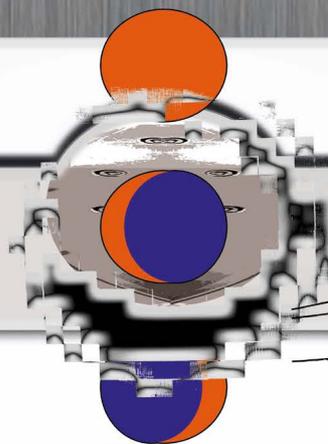
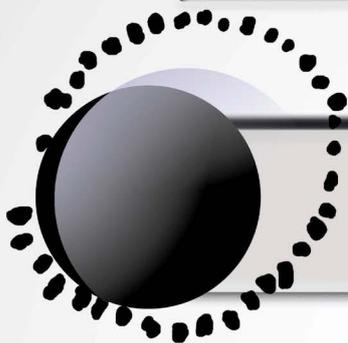


PATRICIA DOMINGUEZ





Un día después de pedir ayuda, encontramos el petroglifo. Habíamos invocado a los espíritus del desierto, pues no encontramos humanos que quisieran ayudarnos.

La zona costera del desierto de Atacama estaba a punto de ser urbanizada. Iban a construir un megapuerto en sus playas y a contaminar con sus descargas el mar. Las tortugas verdes y sabias —con las que mi abuelo conversaba hacía años— escaparían en busca de aguas limpias.

La tarde de la rogativa cerramos los ojos junto a mis primas Elisita y Domínica, nos hundimos en la arena y pedimos ayuda a los espíritus de la cultura de Las Ánimas para proteger



su desierto. Nosotras sabíamos que en esa región habitaban entidades ancestrales. Las llamamos.

Al día siguiente caminamos rumbo a un cementerio, y en el trayecto sucedió el milagro. Cansadas, nos tendimos sobre una duna a descansar. Mientras conversábamos introduje las manos entre la arena y sentí una descarga eléctrica. Con mi dedo índice palpé una textura áspera. Pasé la mano otra vez: la superficie era plana y rugosa. Sentí curiosidad por saber qué era lo que estaba tocando, entonces escarbé con mayor energía. En una capa más profunda se develó una línea que había sido grabada con decisión sobre una extensa piedra.



Con Elisita nos miramos sorprendidas. Comenzamos a descubrir las figuras, que nos condujeron a muchas otras. Y así fue como procedimos a desenterrar un gran dibujo grabado bajo el suelo. ¡Había dormido a diez centímetros bajo la arena por miles de años, y ahora nosotras lo despertábamos de un largo sueño!

Destapamos su manto de arena hasta descubrirlo totalmente. El petroglifo se sentía como una propuesta de orientación; una coreografía. Dibujos de flechas apuntaban al norte magnético, bajorrelieves con forma de pies se posicionaban en dirección al lugar donde la luna llena se levanta en el solsticio de invierno. Siluetas de pisadas humanas anunciaban tránsitos, enlazaban círculos: redes del espacio-tiempo, y úteros que revoloteaban con alas de ave.

Intuimos que si calzábamos nuestras pisadas con la secuencia que estaba impresa sobre la piedra, los dibujos activarían eventos. Contentas, bailamos la danza que nos propuso, nos dejamos llevar por sus ritmos y geometrías que nos hicieron girar y contemplar cumbres específicas de las lejanas montañas.

Al día siguiente barrimos el petroglifo junto a toda nuestra familia. Lo hicimos con gran cuidado y dedicación: sabíamos que estábamos frente a un tesoro. Al desnudarlo por completo, descubrimos que una zanja lo cortaba en dos. Se trataba de las huellas que el vecino hizo para delimitar su territorio. Sin saberlo, rompió el petroglifo por la mitad, pulverizando gran parte de las líneas ancestrales.

Semanas más tarde, contactamos a un grupo de arqueólogos para contarles sobre el hallazgo. Raudos, llegaron a fotografiarlo y a hacerle mediciones con sus drones. Finalmente, el cuidado del petroglifo quedó a cargo del Gobierno de Chile. Pensamos que esto lo protegería del extractivismo minero o de ser convertido en ruta para los pesados camiones que aplastan el desierto entre las faenas y la capital.

Cuando los arqueólogos se fueron, con Elisita corrimos a taparlo con arena para protegerlo. En ese momento el viento del atardecer sopló con fuerza. Lo cubrió como una sábana, regresándolo a su estado invisible.

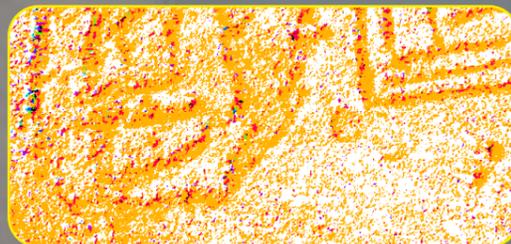
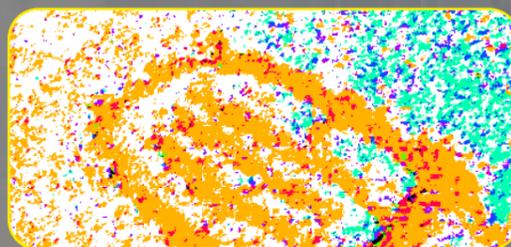
«¡Qué siga descansando bajo el suelo! La Tierra que ha moldeado a cada ser humano primero lo ha hecho dibujo. ¿Cuántos bocetos esconderá?».

Grité, y corrimos hasta alcanzar la playa.

Los días posteriores, los pescadores locales nos hablaron repetidas veces de una mujer llamada Constanza, que tenía la habilidad de dialogar con los pájaros. Junto a Elisita fuimos a visitarla. La encontramos sentada en un roquerío. Estaba concentrada, desenredando un hilo de pescar de entre la pata de un pelicano. Liberada el ave, nos invitó a su casa.

Su hogar tenía varios altares dedicados a las aves de la zona. Piedrecitas y conchas celebraban preciosas esculturas semitransparentes hechas con huesos finos de pescado. Nos sentamos frente a las deidades que Constanza había construido por años. Mientras tomamos el agua de hierbas que nos ofreció, nos explicó que en el suelo del desierto de Chile, Bolivia y Perú se empezarán a encontrar hallazgos importantes. Bajó la voz, se acercó y nos dijo susurrando: «Hay que apurarse en protegerlos, porque muchas personas de otros continentes y de nuestro país vienen a saquear el litio con sus máquinas. ¡Ya vienen!» (1).

(1). Fragmento ficcionado de entrevista a la canalizadora Cote Junemman, sobre las ruinas indígenas del Cerro Chena en la cordillera de la Costa en Chile. Realizada por Fabiola Corominas y Patricia Domínguez, 2021.



Se levantó para acariciar una de las deidades en el altar y prosiguió:

«La genealogía de las aves no ha sido cortada, ellas recuerdan cómo se usaba el petroglifo. Estos registros fósiles quedaron grabados en la tierra para recordarle al ser humano que tiene que recuperar la comunicación con el cielo y la tierra. Los petroglifos y otras cartas grabadas sobre la piedra duermen pacientes, esperan ser despertadas por humanos que son antenas, y que identifican sus señales, como ustedes dos.

»El trabajo de los arqueólogos con el dron es interesante, pero algo ingenuo. ¡Los registros fósiles escogen a quien abrirse! Para que eso suceda, necesitan ser descubiertos y contemplados por personas capaces de abrirlos energéticamente».

Mientras escuchaba las reflexiones de Constanza visualicé una red planetaria conectada por líneas que se proyectan desde los más altos picos de la cordillera de Los Andes. Luego anclé nuevamente con sus palabras:

»El agua, los lagos cordilleranos y todas las geografías con forma redonda conservan memorias de la historia de la Tierra. Cuando tú te paras dentro de estos artefactos —porque son artefactos de ultra tecnología que todavía no entendemos— y posas tus pies en la geometría del petroglifo, su información dialoga e integra al ADN de tu cuerpo. Entra en su espiral, proyecta líneas y señales que son captadas por los picos cordilleranos, que también son antenas. Las líneas rectas son conductos directos de comunicación. Lo circular es lo eterno: está dentro del no-tiempo. Las rectas son saltos en el espacio-tiempo. ¡Por las rectas es posible saltar!

»Las personas-antena deben seguir los sueños y la intuición para recibir la información de cómo reactivar estos lugares. Los pájaros dicen que los seres humanos poseemos una tecnología de punta que no sabemos ocupar, que somos criaturas muy bien diseñadas y que poseemos un alto nivel vibracional.

»Estamos llamadas a despertar éste y otros petroglifos. Las aves nos pueden ayudar, son las grandes colaboradoras de la tierra. Les voy a decir algo que yo no entiendo, lo repetiré tal y como ellas me lo dijeron:

“Nosotras somos tu futuro. Somos tus ancestras, y tu condición humana nuestro devenir. Tú estás en el espacio tiempo X y nosotras en Z, pero somos lo mismo.

Nosotras sabemos lo que la humanidad va a vivir. Tienen que actualizar los rituales, modifíquenlos”.

»Yo practico un idioma psíquico para conectarme con los espíritus de la naturaleza y ser una criatura entre el cielo y la tierra: una antena. Es tiempo de empezar a abrir esos portales de comunicación,

porque no se abrirán por sí solos. Se necesita el libre albedrío y la participación consciente de los seres humanos. Por ejemplo, cuando un árbol está decaído hay que hacerle una ronda y cantarle. Científicamente podríamos decir que hay intercambio de oxígeno, carbono y gases y por eso se anima el arbolito. Si le dan esos mismos gases al árbol con una máquina, el arbolito moriría. Lo que el árbol necesita es una razón de existencia, como cualquier ser vivo que habita el plano físico.

»Debemos investigar desde la ciencia, al mismo tiempo que entrenar los nuevos rituales de conexión. La meditación es un camino. Cuando los seres vivos estamos profundamente conectados con nuestro interior podemos entrar en comunicación con el planeta. Así funciona. Es urgente aprender a mantenernos en alerta y relajados al mismo tiempo. Es difícil, porque nos educaron para estar en alerta, estresadas o en tensión. Entonces la reeducación del sistema nervioso es lo que interesa a las aves.

»Cuando estén en los lugares sagrados, practiquen la meditación vehicular que les explicaré. Verán que abrirá en ustedes la telepatía y les permitirá bajar a la tierra información galáctica.

»Para realizarla unan sus manos sobre su coronilla y pronuncien la palabra origen. Luego, esencia, con las manos en mariposa sobre el corazón, transformación; se tocan las tripas, vida; tocándose las piernas hasta llegar al piso.

»Ese sistema de conexión lo recordaron los pájaros de este desierto. Cuando terminen de hacer eso sabrán acoplar la geometría que tenemos dentro del cuerpo a la geometría de la tierra. Después practiquen la visualización. Es muy distinto que yo me imagine un limón, a que imagine que corto un limón por la mitad, lo paso por mi lengua y salivo. La visualización que las aves proponen modifica las células y los cuerpos. Hay que practicarla. El ritual es el camino para conectarse con el

presente. Es importante adquirir el hábito de vivir, y hacer nuestras cosas en forma ritualizada. Si te desconcentras, te lo perdiste, ¡Te lo perdiste! Te lo perdiste».

Le agradecemos a Constanza sus instrucciones,

Antes de partir, le ayudamos a alimentar a sus aves. La luna estaba saliendo por frente de su puerta cuando nos despedimos en esa cálida noche de verano.

Al volver a la casa de nuestro abuelo — donde dormíamos junto a la costa del desierto—, le contamos sobre Constanza y las activaciones de tecnologías terrestres que nos había enseñado. Nos escuchó atentamente y luego buscó entre sus libros de la biblioteca. Al cabo de un rato, volvió humeando con su pipa y se sentó con un manuscrito entre las manos, que decía: «Chilena o Cueca Tradicional»: Basado en las enseñanzas de don Fernando González Maraboli, escrito por Samuel Claro.

—Este libro lo escribimos, pero nunca llegó a publicarse. Quizás su conocimiento era muy sutil para su época. Es sobre la cueca, la danza de los astros celestiales. Una danza árabe que se trasplantó enteramente al suelo de América, transformándose en el baile chileno llamado «cueca» cuando llegaron los españoles. Esta danza se alinea a los movimientos de las esferas terrestres y sigue las circunvalaciones de los «planetas interiores»: Los siete astros que están al interior del cinturón de asteroides; los cuatro primeros planetas, Venus, Mercurio, Tierra y Marte, y las lunas de la Tierra (1) y de Marte (2). El baile codifica el movimiento y las órbitas de estos siete astros, para que la persona entre en sincronía con el cosmos.

Dejó su pipa y entonó una canción que se sentía antigua, una melodía traída por los árabes que cruzaron este desierto un centenar de años atrás;

«Porque el hombre es planeta, como los astros.

**Como los astro, sí.
Si hasta el día no es más
que un año chico». (2)**

Mi prima comenzó a cantar junto a él:

**«Caramba con los mis....
misterios y enigma'.**

**En el collar de perla'
giran los verso'
con la Materia Prima
del Universo.**

**En el collar de perla'
giran los verso',
jay!, del Universo, sí...
y es mi fortuna
y los cuatro planeta'
y las tres luna'.**

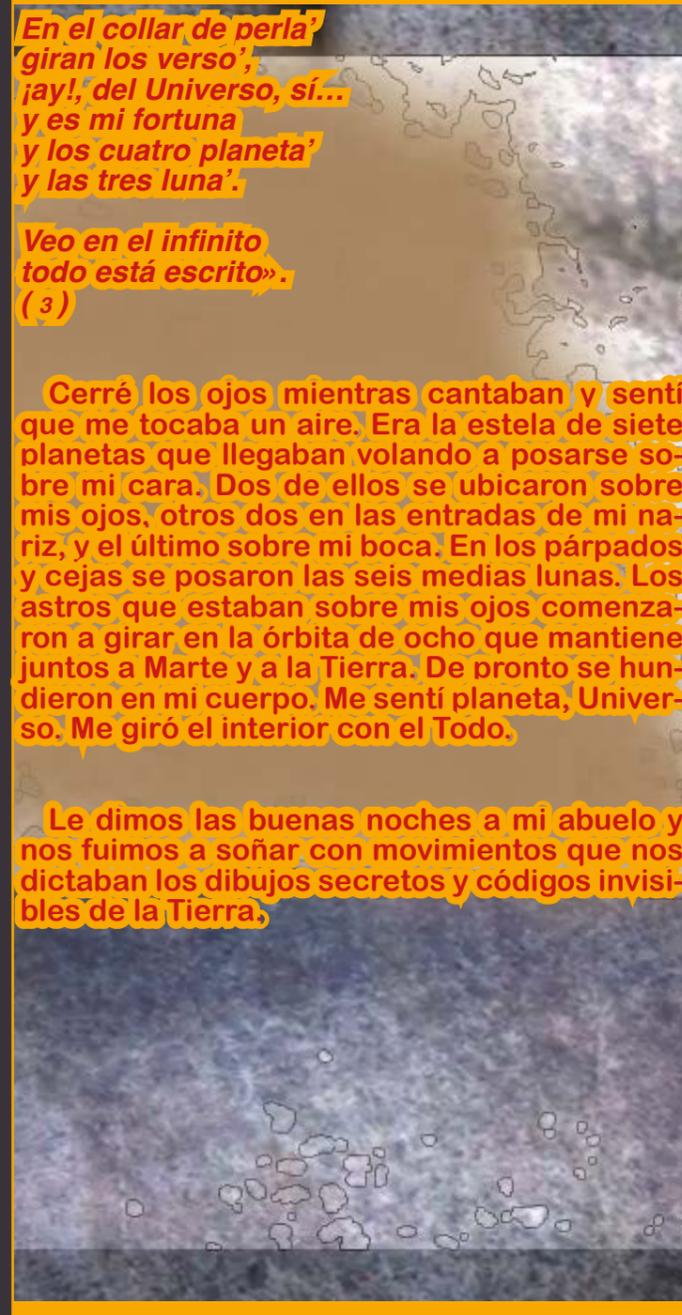
**Veo en el infinito
todo está escrito».**
(3)

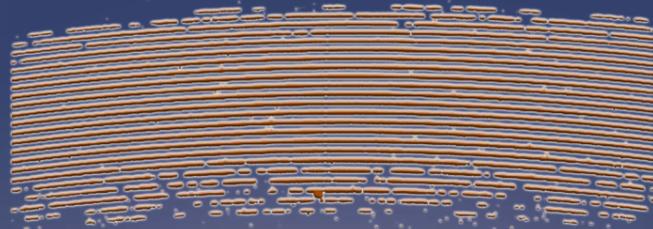
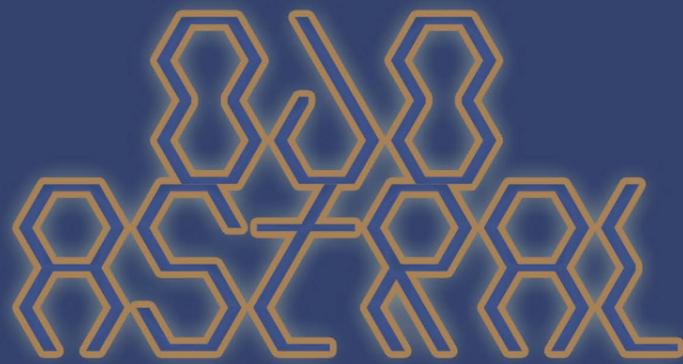
Cerré los ojos mientras cantaban y sentí que me tocaba un aire. Era la estela de siete planetas que llegaban volando a posarse sobre mi cara. Dos de ellos se ubicaron sobre mis ojos, otros dos en las entradas de mi nariz, y el último sobre mi boca. En los párpados y cejas se posaron las seis medias lunas. Los astros que estaban sobre mis ojos comenzaron a girar en la órbita de ocho que mantiene juntos a Marte y a la Tierra. De pronto se hundieron en mi cuerpo. Me sentí planeta, Universo. Me giró el interior con el Todo.

Le dimos las buenas noches a mi abuelo y nos fuimos a soñar con movimientos que nos dictaban los dibujos secretos y códigos invisibles de la Tierra.

(2) Fragmento de cueca documentada por don Fernando González Maraboli en el libro Chilena o Cueca tradicional, escrito por Samuel Claro.

(3) Cueca compuesta por Luis Castro González, bajo las enseñanzas de don Fernando González Maraboli, en el 2021 para el video "Tres Lunas más abajo".





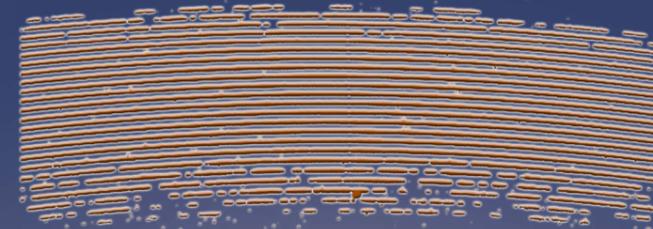
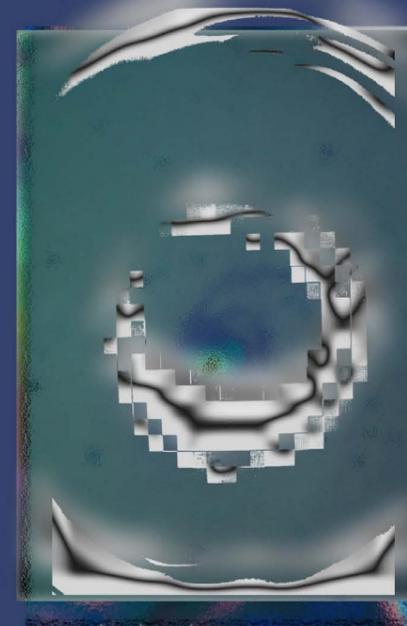
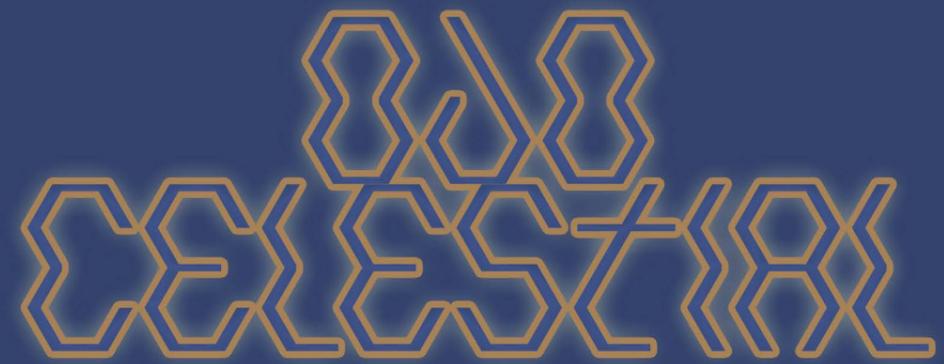
La mañana en que bajé desde las alturas de los radiotelescopios de ALMA (Atacama Large Millimeter Array) me embargaba la sensación de estar absorbiendo frecuencias de los seres celestes del espacio. Las paredes de mi piel percibían su entrada en mi cuerpo, eran paquetes de información que habían sido disparados en mi dirección por el cosmos.

Al bajar por las montañas nevadas del salar, me detuve junto a unos cactus gigantes que se erigían en medio del territorio indígena de la comunidad de Toconao. Miré por última vez al campamento de ALMA, que brillaba desde lejos como una joya cósmica a los pies de las montañas andinas. Parecía una ciudad etérea en medio de un planeta vacío.

El campamento del observatorio ALMA está ubicado en el desierto más seco del mundo. Visitarlo fue como estar en otro planeta. El edificio era amplio, luminoso y con grandes ventanas de vidrio que miran hacia el salar; inmenso, silencioso, lejos del mundo. En su

interior hay agua y tanques de oxígeno por todas partes. Afuera estaba seco y con menos oxígeno del que los seres humanos necesitamos para sobrevivir. Cuando salía al exterior cargaba un tanque en mi espalda que me entregaba oxígeno mediante unas mangueras conectadas a los orificios de mi nariz. Respirar era difícil e incómodo.

Dentro del campamento, los astrónomos y operadores de antenas se saludaban afablemente. A fin de cuentas, viven juntos siete días allá, y siete días en sus mundos: Son teletransportados como en un sueño. ¡Bum! Llega el cambio de turno y aparecen en otra casa, otra cama y otra familia. ¡Bum! De vuelta en el campamento, tienen turno de noche. Suben a la sala de operaciones a las 10 pm y salen a las 7 am. Acostumbran a sus cuerpos a cambiar el ciclo circadiano, sus relojes se adaptan a los tiempos de las antenas. Persiguen rayitos de sol entre los cambios de turno, saben lo preciado que es absorber su luz.

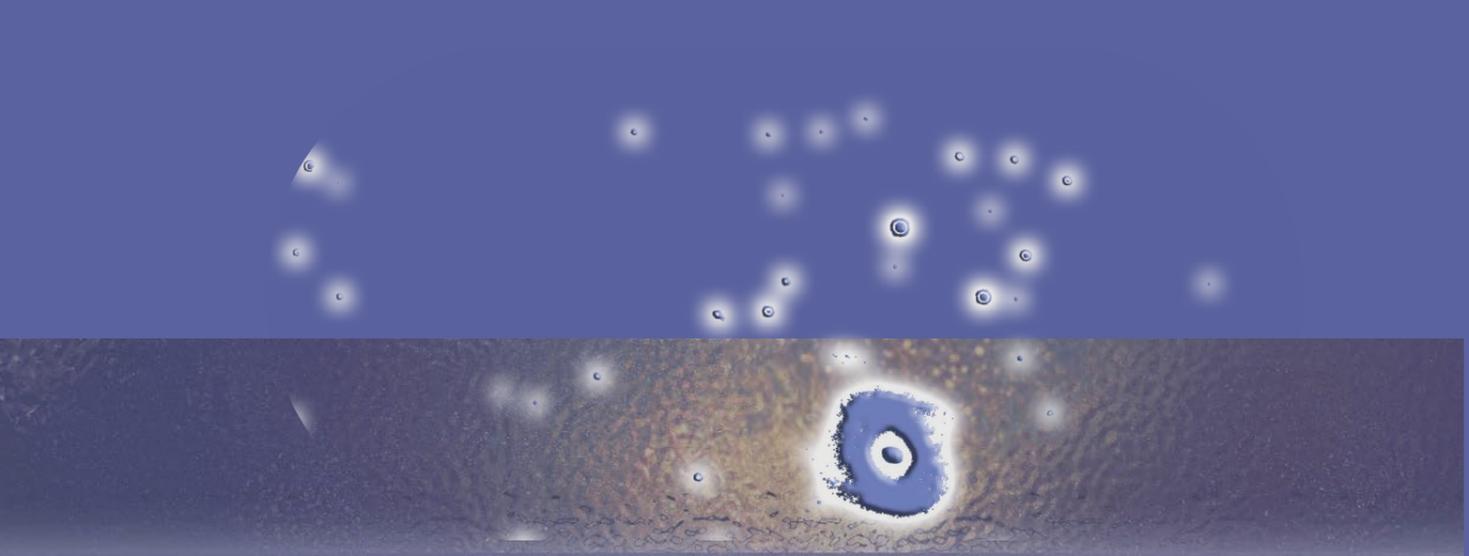


Las antenas de radiofrecuencia están a 5.000 metros de altura y trabajan colaborativamente. Entre todas forman una antena gigante. Combinan sus sensores y apuntan en conjunto un punto específico, o abren su campo de visión para leer zonas más extensas del cielo. Las antenas no ven, sino que escuchan las bajas frecuencias que emiten los cuerpos celestes del universo. Estas frecuencias van más allá del espectro visible de los humanos (infrarrojo - ultravioleta). De esta manera, las antenas extienden nuestros ojos para ver más allá de lo visible. Enfrian continuamente sus sensores para lograr captar las ondas largas y silenciosas que emiten los astros. Cuando reciben las frecuencias, las reflejan hacia sus centros y comienza el proceso de digitalizar las ondas análogas convirtiéndolas en 0 y 1. Así, pueden ser interpretadas posteriormente por computadores que más tarde las proyectan como imágenes de galaxias, anillos planetarios, hoyos negros o planetas exteriores.

Subí por la escalera de una de las antenas

y entré en su frío interior... ¡Puff, pef puff, ped Ouff, ped!, pude sentir la pulsación de su respiración, mientras el chorro de aire enfriaba el proceso de criogenización. Su palpitación mecánica resonaba por todo el llano montañoso de Chajnantor, como un corazón. Quise poder hablar con esas bajas frecuencias que llegaban hasta la antena.

El operador del Correlacionador —uno de los supercomputadores más rápidos del mundo con el que manejan este proceso— me explicó que las personas, tal como las antenas, estamos constantemente recibiendo y absorbiendo frecuencias que viajan millones de años a través del cosmos, desde planetas exteriores, hoyos blancos y estrellas. Las observaciones de ALMA han demostrado que el espacio interestelar no está lleno sólo de hidrógeno y polvo, sino que también contiene compuestos químicos complejos en estado gaseoso como el agua (H₂O), el amoníaco (NH₃) o el metanol (CH₃OH). Al igual que nuestras huellas dactilares son únicas, las



moléculas presentes en el espacio emiten una radiación milimétrica y submilimétrica con longitudes de onda específicas que pueden ser identificadas en ALMA.

—Las personas también emitimos frecuencias y ondas que se expanden: recibimos y emitimos luz. Las antenas podrían leerlos. ¡Somos planetas también! Podemos leer al cosmos mediante nuestros bio-sensores fractales que tenemos en nuestras células. Así es como probablemente nos llegan las ideas. Solo tienes que aprender a enfocar tu antena corporal —me dijo el operador del supercomputador.

¿Quién me puede enseñar a leer el cosmos?— exclamé en mí interior—. ¿Qué hace mi cuerpo con estas frecuencias que viajan hace millones de años? ¿Qué información decodifica mi cuerpo que mi mente no?

Esperé a que cayera el sol y se hiciera de noche para subir a la sala de operaciones. Sentada frente a las pantallas estaba Alba; astrónoma, nocturna, vampira. Me contó que venía llegando de dar una charla a una nueva institución de Astrominería de la zona. Aceptó ir a pesar de sus preocupaciones ecológicas, para hablar a los mineros sobre los peligros cósmicos que provoca la extracción de rocas. Al mover grandes piedras se cambia la masa planetaria, y esto desalinea todo el sistema solar.

«Cada planeta tiene su lugar milimétrico, cada planeta es un sistema y un todo. Terminarán afectando a sus espíritus si se meten con los planetas», dijo Alba a los mineros.

Luego, me explicó:

—El lenguaje del universo es matemático. La forma de comunicarnos con otros seres puede ser la matemática, los aliens podrían decodificar nuestro lenguaje. En ALMA traducimos las radiaciones del firmamento y las digitalizamos en 0 y 1. Los números son la llave para decodificar el universo.

En mi cabeza resonó lo que me había dicho mi profesora (de esoterismo, de lectura de aura y de medicina vibracional y espiritual)

Nicole Postel hace años: «El universo habla en matemático, recibe la exacta vibración que emite nuestro ser. No lo que pensamos que somos, sino lo que emitimos. Las frecuencias no mienten. Ese es el lenguaje que

el universo realmente escucha. Y si hay materia, puede habitar entonces la conciencia. Si hay materia sobre el grado 0 de Kelvin hay campo energético, hay emanación de ondas, hay calor. Entonces, podemos entrar en comunicación con los elementales y cuerpos celestes a través de nuestras consciencias».

Me fui a dormir debatida entre números y posibilidades para establecer contacto con

otros seres de formas espirituales. A la mañana siguiente, viajé a la región de Coquimbo, en el sur del desierto de Atacama, para visitar el observatorio La Silla. Un conjunto de construcciones con cúpulas metálicas y brillantes ubicadas sobre las montañas del desierto. Cuando era chica y viajábamos por tierra con mi familia a visitar a mi abuelo en el desierto durante los veranos, recuerdo haber mirado los blancos telescopios desde la carretera e imaginar que eran templos, con sus monjes que meditaban y conectaban con las estrellas.

Esa tarde, por primera vez, pude peregrinar hasta ellos. En el campamento me recibió un grupo de astrónomas y me invitaron amablemente a esperar que se hiciera de noche en el casino. El chef había cocinado galletas y panes con forma de estrellas y planetas. Comimos encantadas mientras esperábamos que se levantaran las grandes cubiertas que cubrían los telescopios.

Entre el viento nocturno y bajo un cielo espléndidamente estrellado, caminamos hasta la sala de operaciones. Ahí, algunas científicas hacían observaciones de las imágenes que los telescopios captaban en tiempo real, visualizándolas en las pantallas de los computadores. Una de ellas me explicó:

—Este telescopio es óptico, observa como vemos nosotras, en imágenes. Cada noche seguimos con su lente a una estrella guía, y así nos ubicamos en el plano estelar para localizar nuestros astros de estudio.

Cada telescopio estaba enfocado en diferentes cuerpos celestes. Me fui moviendo de computador en computador hasta llegar donde había un grupo de personas mirando fijamente una de las pantallas. Estaban observando una galaxia que tenía ocho hermosos brazos espiralados hacia la izquierda. Parecía dar vueltas sobre sí misma.

Mi corazón saltó al mirar esa galaxia desde la lejanía del tiempo-espacio. Me invadió una rareza sideral. La sentí profundamente extraña. ¿Qué teníamos en común con esa galaxia? Nada. Éramos totalmente ajenas. Sentí una fuerza invisible que incluso me provocó náuseas. Me dio vértigo de lo inconmensurable, de todo lo no nombrado e inimaginable. ¡Esa galaxia es todo el universo menos yo! No me conoce, no sabe nada de nosotros.

¿O quizás sí?
Probablemente sí.

La mañana siguiente bajé a deambular al pueblo cerca-

no mientras seguía digiriendo la existencia de esa galaxia que me invadía de vértigo y asombro. ¿Acaso su presencia se quedaría a vivir dentro mío?

Caminando por la plaza principal, busqué a un sabio hierbatero atacameño, don Osvaldo Ckauckott, con quien había estudiado en años anteriores. Me alegré de verlo. Estaba sentado donde siempre con su carro lleno de paquetitos de plantas medicinales cuidadosa-

mente
recolectadas y clasificadas por él mismo en lugares secretos de los cerros del desierto.

Me invitó a sentarme a su lado.

Suspiré y le conté sobre mi incapacidad de entender lo que nos llega desde el espacio exterior. Me sentía sobrepasada por la información matemática.

—¡Me pierdo entre la supuesta objetividad de la ciencia y mis propias percepciones y conexiones! —le confesé.

Me miró amablemente. Luego de un rato y con la tranquilidad ancestral que le era propia, miró hacia el cielo azul y dijo:

—La ciencia técnica occidental se aprende en clases cuadradas. Nuestra ciencia experiencial se aprende en círculos; como el cerebro, como la vida, como giran los planetas. En esa tranquilidad circular, conectamos con todo lo que existe.

»Siempre recuerde que existen otras maneras de conectar, hijita. Para conectar con un astro lejano, yo le pido permiso, le pido perdón —para estar digno— y conecto. Simplemente conecto. Así conectamos nosotros con el cosmos; abriendo el corazón y sintiendo.

Le agradecí profundamente a don Osvaldo.

Súbitamente,
ocurrió un destello de luz.
Dos estrellas bajaron y se pusieron delante mío.
Eran de mi tamaño.
Siguiendo las instrucciones de don Osvaldo,
les pedí permiso, les pedí perdón
y me introduje en ellas.

PROTOCOLO COMUNICACION INTERCONSCIENCIAS

Entrenamiento para identificar partículas entrelazadas

Me arrastro hasta mi altar para ingresar a mi lugar sagrado.
Se me sale el espíritu.
Soy catapultada por las frecuencias que recibo desde el manto estrellado de la noche.
Siento mis partículas entrelazarse con las del universo.
Mis codos lloran, la parte de atrás de mis rodillas lagrimea.
Se dibuja un infinito en el aire: somos uno.
¿Quizá por esa razón me he sentido tan hipersensible toda mi vida?
No hay escape.

Saludo a mis partículas entrelazadas alrededor del cosmos.
Extiendo mi consciencia hasta ellas.
Con un grito visceral que las estremece les pregunto:
¿Con cuántos seres estoy conectada?
Intento contar innumerables veces los enlaces que nos unen.
Me rindo, me pierdo; son infinitos.
Los recorro de ida y vuelta.
Me desplomo en la corriente
y descanso en los encuentros.

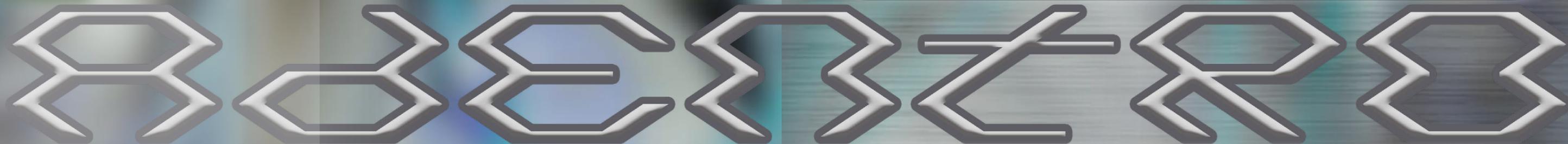
Mis planetas interiores orbitan:
Mercurio, Venus, Tierra, Marte, y sus tres lunas.
Tengo dos planetas en los ojos, dos en los orificios de mis orejas,
uno en la nariz y uno en la boca.
Acaricio las tres lunas con el aire que emerge desde mi boca.
Mi partícula entrelazada en Andrómeda me envía información eléctrica.
Se me erizan los pelos.

Muchos soles bailan y se esconden frente a mis ojos.
Acostumbro todos mis cuerpos a múltiples ciclos circadianos.
Me trago el reloj del tiempo sideral.
Lo incorporo mientras danza por mi intestino.
El Joyero del tiempo me hace entrega de mi nuevo calendario.
Algo se me desgarró.
Y mi sensor cosmológico se amplía más allá de los horizontes.



¡Pum pum!
¡Pum pum!,
se dibujan en el aire los ritmos del tambor.
Arman un camino flotante
al que salto,
y me dejo llevar.

Me encuentro con partículas de luz,
vienen desde todas las direcciones.
Chocamos,
nos estrellamos,
explotamos
en más luz.



¡Soy! Yo soy.
Un protón,
un neutrino,
un gluón,
un superconductor.
Un plasma de gluones
o leptones,
un quark.
Soy un neutrino, ¿o un neutrón?
¡Los tengo a todos dentro
y no los conozco!

Entonces la fuerza me jaló hacia abajo. Me dejé caer, mientras pasaba por varias puertas y túneles. Bajé y bajé, suavemente flotando de espalda hasta que aterricé en una sala metálica. Preciosos destellos dorados brillaban desde las formas cuadradas que recorrían sus paredes, techos y suelo. ¿Cómo llegué a entrar acá? —No pude encontrar ninguna puerta—. Era la forma geométrica más perfecta en la que había estado.

—Bienvenida el Detector de Neutrinos; la cámara de sensibilización luminica —cantó una voz femenina y metálica.

—¿Neutrinos? —le pregunté, mientras recorría con mi vista las preciosas geometrías del lugar.



Una fuerza de un origen desconocido me jaló desde el *pum pum* del tambor y salí volando por la ventana del hostel en donde me hospedaba en el CERN (Organización Europea para la Investigación Nuclear). Abajo del hostel, en las profundidades de la tierra —a más de 100 metros de profundidad— se encuentra el gran colisionador de partículas, la máquina más grande del planeta.

Sobrevolé el lugar buscando un agujero para entrar. Escuché un *piff, iff, piff, iff*. me dejé flotar mientras seguía tamborileos mecánicos. Seguí el ritmo hasta llegar a una puerta de metal, brillaba tornasolada mientras reflejaba las nubes cambiaforma que pasaban por el cielo. Pedí permiso, pedí perdón y me introduje por la cerradura. Descubrí que podía hacerme chica y grande.

—Acá podrás hacerte sensible a los neutrinos. Son partículas que salen desde sol, su masa es tan pequeña que no reaccionan a la materia. Pasan a través de la tierra y de nuestros cuerpos como si fuéramos invisibles. Al traspasarnos dejan un destello de luz lleno de información. El día en que uno cruza por tu cuerpo es un «Evento Dorado».

»Solo quienes han activado sus antenas biológicas pueden sentirlo y celebrar su absorción.

»¡Está a punto de cruzar uno! ¡Prepárate! Recuéstate en el cuadrado del centro para que lo absorbas—cantó la voz. Avancé hasta la estructura me recosté boca arriba, estaba un poco fría pero era cómo-

da. Cerré los ojos y me relajé esperando el evento dorado.

Estuve lo que parecieron horas esperando. Dormí, incluso soñé; algo con mi mamá y con unas máquinas, hasta que algo me hizo despertar. Sentí un puntito de luz que me entraba suavemente por el pecho. Haciéndose paso por mis células, avanzó lentamente en diagonal hasta mi espalda. Su luz iba arrasando las oscuridades que había en mis propias geometrías.

Sentí como me salió por la espalda, dejando una estela de luz sutil en el interior de mi cuerpo. Mis reservas de luz se habían acrecentado. Me sentí ligera.



Seguí descansando hasta que comenzó a sonar el tambor. Supe que era tiempo de seguir. Le agradecí a la cámara dorada y me incorporé para volver a subirme a los ritmos.

Pom, pom, pom. No sé cómo atravesamos la pared del detector de neutrinos hasta volver al túnel de electricidad. Me dejé flotar un rato en sus ondas lumínicas, era relajante deambular por esos ríos de luz. El flujo me llevó hasta una puerta a la izquierda del túnel. Destellos de luces se colaban por los espacios entre el suelo y las paredes. Pedí permiso y la abrí.

Me enceguecieron los reflejos metálicos plateados de la máquina más increíble que había visto jamás, ni en mi imaginación. Una

gran esfera negra que flotaba en el centro de la sala custodiada por varios láseres rojos. Estaba rodeada de cables que parecían neuronas conectoras. La esfera estaba abierta en dos, tal como una naranja. Cada mitad estaba compuesta por piezas hexagonales hechas con lo que parecía una lustrosa piedra negra; juntas, conformaban una esfera perfecta.

—42 es un número mágico, como las partes una pelota de fútbol —me dijo Alberto Mengoni, el físico que custodiaba la máquina. — Bienvenida a n_TOF, «*Neutron Time of Flight*». Estos 42 cristales negros están hechos de *Varium florite crystal ba13*. Ellos captan la luz que emiten los rayos gammas al sentir la colisión de partículas, los transforman en luz y los materializan para que nuestros ojos los puedan ver.





No podemos escapar de la Tierra. Todo vuelve inevitablemente a ella, una y otra vez. Por un tiempo, tenemos nuestra huella personal con los elementos de la tabla periódica que nos conforman. Cuando volvamos a ella, se borrará esta huella bariónica para desintegrarse y volver a constituirse en otros seres. Qué vértigo imaginar en qué me convertiré después de dejar este cuerpo.

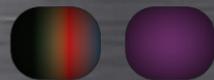
Alberto encendió la máquina y me ayudó a subir a su centro, donde había aparecido una camilla. Me recosté, un poco nerviosa, entre los cristales negros y la esfera se cerró a mi alrededor. Al apoyar mi cabeza sobre la almohada, un nuevo rayo láser rojo se prendió desde cada cristal, enfocándome desde los 42 hexágonos negros que me rodeaban.

desde cada cristal, enfocándome desde los 42 hexágonos negros que me rodeaban.

—n_TOF, ¿podrías mostrarme mis rayos interiores? —le pedí a la máquina.

n_TOF asintió con un pitido y giró sus 42 hexágonos para abrirlos y permitir que entraran los láseres rojos, que me atravesaron en grados de 360, trazando formas que documentaban mis partes invisibles en sus cristales. Cada cristal era un calco de la parte de mi cuerpo que tenía más cerca. Me dejé honestamente calcar.

¿Cómo estaría mi interior lumínico? Este dibujo sería un diagnóstico.



Se fueron apagando uno a uno los láseres y n_TOF desplegó el dibujo frente a mis ojos.

—Acá está el mapa de tu energía vital —me dijo—. Por lo que muestran tus líneas invisibles, estás en un 66% de la capacidad lumínica disponible para ti.

Me entregó un documento con los rastros que habían dejado los rayos en mí. Corrían como rayos de sol desde mi centro hacia arriba, y hacia abajo como brazos toroidales. Pude ver la diagonal que había dejado el neutrino unos momentos atrás y sonreí.

Me emocionó que la máquina me regalara un retrato de mi cuerpo invisible. Había ampliado

mi visión de mí misma. Salí de la esfera con mi certificado y comencé a caminar por un pasillo intraterreno. Pasé por varias puertas hasta llegar al Departamento de Física Teórica del CERN. Ahí me esperaba Wolfgang Lerche, especialista en teoría de cuerdas y amigo distante de los hoyos negros, con una tiza en la mano. Me invitó a entrar a su oficina. Me senté mientras me perdía mirando las líneas que dibujaban sus ecuaciones en el pizarrón.

—La información nunca se pierde —me dijo mientras se volteaba para escribir.

¡La casa del aire! —pensé para mis adentros—. Los brujos del Amazonas también lo sabían; ellos pueden leer los libros que están en el aire.



Wolfgang prosiguió:

—Si un libro entra en un agujero negro y se desintegra en el proceso, la información del libro no se pierde aunque el agujero negro se evapore al cabo de mucho tiempo en una nube casi aleatoria de partículas. Teóricamente, todas las hebras cuánticas de información que había en el libro siguen codificadas en la radiación restante, aunque de forma muy sutil.

»En efecto, para recomponer incluso una sola letra de una página, habría que capturar y correlacionar todas las partículas que salieron del agujero negro. Es decir, aunque nunca sea factible en la práctica, en principio podría reconstruirse de nuevo todo el libro con todas sus letras y frases dentro.

—¿Entonces qué ocurre con nuestros recuerdos cuando morimos? —le pregunté.

—No se pierden —respondió—. De forma similar a como no se pierde el contenido del libro tras ser tragado y regurgitado por el agujero negro. Toda la información permanece codificada en los restos dispersos del cuerpo desintegrado, aunque no localizada en ninguna parte, sino codificada en el conjunto de las moléculas como un todo. Se podría decir que, a través de los hilos de información, persistirá una huella o sombra de nosotros que contiene todo lo dicho, todo lo pensado, todo lo amado y vivido. Cada lugar está lleno de memorias levitando que ya no pertenecen a nadie y que son de todos.

Inhalé las memorias de ese espacio y las leí.

Caí en un sopor y dormí durante días, soñando y perdiéndome los recuerdos de otras personas. Viví varias vidas, morí y nací varias veces. Fui muchas personas: fui madre, hermana, fui hombre, fui abuela. Fui buena, fui mala, fui todo.

Amablemente, Wolfgang tocó mi hombro para despertarme. Con mucho esfuerzo, pude separarme de esas memorias para lentamente reincorporarme y volver a mí. Revisé en mi memoria cósmica y supe que había adquirido conocimientos emocionales con los recuerdos que había inhalado. Una vez más, mi percepción de quien soy se había ampliado y se hacía cada vez más múltiple.

Avance en varias direcciones hasta que me volvió a jalar esa fuerza, y aparecí en un lugar oscuro lleno de líneas hechas con rayos de luz. Ahí me esperaba Jeremi Niedzela, físico experimental, jugando con un láser mientras tomaba un café.

—Probablemente la dimensión cuántica se llame w —dijo mientras me apuntaba con el láser, trazando una x , una y , una z .

Me encgueció el láser. Volví a mirar. Dibuó esfinges esta vez; dos mujeres con garras de león.

—Por la posición de una se puede saber la posición de la otra. Por la polaridad de una sabemos de la otra. Según teorías convencionales no se puede pasar información más rápido que la velocidad de la luz por la dimensión del espacio tiempo. Pero por la cuántica —a la que probablemente llamen w —, sí se puede. Y lo hacemos constantemente.

»Dos electrones emergen en el vacío, uno negativo y otro positivo. Se disparan por el éter en direcciones contrarias para convertirse en algo más. Quedan entrelazados infinitamente. Cuando una partícula se

separa en dos, las dos partes quedan conectadas para siempre a través del tiempo y el espacio. Hay una dimensión en la que esas partículas están conectadas, forman una entidad a la distancia. Todos tenemos partículas entrelazadas en alguna parte, las que intercambian constante información. Cuando una está en polaridad positiva, la otra está en negativa. Si una cambia de polaridad, la otra también cambia, instantáneamente. Es decir, más rápido que la velocidad de la luz. Cambian instantáneamente, aunque están a galaxias de distancia. Esto se llama entrelazamiento cuántico. Puedes ser con cualquier cosa, puedes estar en cualquier lugar.

»Tú podrías tener una partícula entrelazada en Andrómeda y estar en contacto con ella.

Sentí un silencio abismal. Me recorrió un escalofrío de vacío.

¿Con que estaré entrelazada? ¿Con quién o qué soy? ¿Con una ave enjaulada? ¿Con un arma de guerra a punto de ser disparada? ¿Qué pasa si estoy entrelazada con una máquina? ¿Con un humano en sufrimiento? ¿Con un pleyadiano? ¿O en el supercluster de galaxias, llena de nueva información? Preciso ampliar mi sensor cosmológico.

Si solamente pudiera sentir lo que vive mi partícula entrelazada. Sentir a través de ella, aprender, experimentar. Todo sería distinto. Tendría una comunicación directa con otra perspectiva. Sabría lo que es estar realmente conectada a otros seres. ¿Quizás, me haría cargo? No sería empatía, sería vivirlo como mío.

Muchos de los electrones que orbitan en mi cuerpo extrañan a su otro electrón. ¿Dónde estarán? Imagino que extendo hilos energéticos a cada electrón que habita mi cuerpo biológico. Estoy regada por todo el universo. Cierro los ojos y comando recibir

información a través de mis enlaces.

Son mis sensores eléctricos distantes, mi nuevo órgano de percepción. Con consciencia completamos la entidad sagrada doble.

¡Puedo sentirla!

Uno de mis electrones está girando en lo que parece una rueda de un auto. Me mareo. Finalmente, identifico mi partícula en Andrómeda. Soy parte del brazo y... la siento ligera, azul. Tiene un buen pasar.

Algún día colisionaremos con Andrómeda, ya que la Vía Láctea y ella se acercan a una velocidad cercana a los 300 kilómetros por segundo.

—¿Vértigo? No se me mueve ni un pelo — me confirmo a mí misma.

Algún día, dentro de miles de millones de años, nos fusionaremos y nuestras partículas volverán a tocarse en la misma dimensión, seremos una en la w , pero también en los ejes x , y , z de la tercera dimensión. Seremos Lactómeda. Nos convertiremos en algo nuevo. Nos entregaremos a ser, físicamente juntas.

¡Pum pum!
sonó el tambor.
Mis partículas comenzaron a avanzar, a sus tiempos, hacia ser Lactómeda.

Tres Lunas más abajo
2021- 2024

Texto escrito por Patricia Domínguez Claro

Editado por Claudia Blin

Revisado por Ada Romero

Diseñado por bate.work

Fotografías análogas por Emilia Martín

Producido por la Beca de Arte de Fundación Botín

Agradecimientos:

Arts at CERN y a la Residencia Simetría por abrirme las puertas para peregrinar al Observatorio La Silla, los Radiotelescopios de ALMA y los detectores de partículas fundamentales del CERN.

Gracias a Davide Gamba, Gunn Khatri, Wilfrid Farabolini, Pierre Korysko, Wolfgang Lerche, Chiara Mariotti, Alberto Mengoni and Jeremi Niedzela por su generosidad de entrevistarse conmigo durante mis estadías en el CERN. (Sus entrevistas han sido ficcionadas en parte).

Gracias a Constanza Junemman por conversar con Fabiola Coromiras y conmigo durante la pandemia sobre el petroglifo y su tecnología.

Gracias a Cielo Navarro Cruz por regalarme una deidad marina hecha con huesos de pescados y aves que inspiró parte de este texto.

Gracias a Código Andino por sus descubrimientos de las líneas invisibles que unen las cumbres de las montañas de los Andes.

Es un texto de ciencia ficción espiritual.

